

no debe hablarles siempre á medida de su gusto. Por otra parte, la prueba de este principio es muy sencilla. Hemos hablado de la filosofía del catecismo; pues bien, llamemos á un niño acabado de iniciar en las verdades cristianas referentes á la salvación, y propongámosle esta cuestión: «Dime, hijo mío; ¿cuál es tu ideal con relación al hombre? ¿Crees que el hombre valga algo? ¿Cómo podremos reconocer nuestro valor?» Nos mirará él ávidamente, abriendo desmesuradamente los ojos, y nos dirá: «No lo sé. La cuestión es superior á mis fuerzas; pero lo que sé, por haberlo aprendido en mi catecismo, es que Dios, de tal modo amó al mundo, que ha dado á su único Hijo, para que todo hombre que en Él crea, no perezca, sino que logre la vida eterna». (1) Y con esto el niño ha respondido á la cuestión sin darse cuenta de ello; y ha respondido de un modo más profundo que todos los filósofos griegos, y de un modo más conforme á la verdad que todos los jurisperitos romanos. El que no supiere decir del hombre más de lo que dice este niño, tendría de aquél una concepción ideal que no tuvieron ni Platón ni Aristóteles. El hombre que sabe y cree que el mismo Eterno puso manos á la obra para hacerle á su imagen, y para restablecer en seguida en su primitivo esplendor esta imagen desfigurada; el hombre que cree que está destinado á la eternidad y á la felicidad divinas; el hombre que sabe que ha sido rescatado, no con oro y piedras preciosas, sino con la sangre del Hijo de Dios; (2) el hombre que se siente santificado por el espíritu del mismo Dios, ¿puede contemplarse con ojos de indiferencia? ¿Es posible que uno se rechace á sí mismo mientras viva en esta creencia? Puede uno comparar con la elevación de esta concepción todo lo que la humana sabiduría ha inventado. De un lado, se rebaja á Dios hasta el polvo para poder hacer al hombre igual á Él; del otro, permanece Dios en su elevación infinita sobre nosotros, y nos eleva hasta Él. Según esta fe enseñada por el catecismo,

(1) Joan., III, 16.

(2) I Petr., I, 19. I Cor., VI, 20; VII, 23.

Dios, no sólo ha ennoblecido al hombre una vez, sino que lo ha hecho dos veces, y no ha creído que, rescatarlo á un precio infinito, era un rescate demasiado caro para Él. ¿Hubiese podido hacer más, si se hubiese tratado de rescatar á su propio hijo? ¿Qué añadir á esto? Jamás hubiera podido hacer por él lo que, por su intermediario, ha hecho por nosotros.

Si esto no es un ideal, un ideal capaz de elevar al hombre más elevado, un ideal frente al cual palidecen todos los ideales que uno pueda formarse, valdrá más decir que no existe ideal alguno.

### 6. Elevación al título de hijo de Dios por la gracia.

—El príncipe que, al encontrar en la calle á un niño de noble estirpe, á quien las faltas de su padre han sumergido en la miseria, pero cuya fisonomía y continente revelan la nobleza de su nacimiento, lo hace conducir á su real palacio para educarlo con sus propios hijos, está muy distante de darnos una idea de lo que, por la gracia, hemos recibido de Dios. Pero si el mismo príncipe encuentra en el bosque (1) un hijo de bohemios, abandonado por sus padres, de mirada rencorosa, de costumbres salvajes y desordenadas; si, precisamente á causa de esta miseria quiere darle una educación tan esmerada como la del heredero de su trono, y si, á pesar de la resistencia de este niño salvaje, no se da punto de reposo hasta triunfar de su barbarie, y hasta infundirle ideas y sentimientos dignos en verdad de un príncipe, entonces podremos llegar á tener un presentimiento de lo que es la gracia. Los vestidos de púrpura y las joyas de oro con que viste el rey al pobrecito, (2) son beneficios dignos apenas de ser mencionados. Pero que lo adopte como hijo, como la hija de Faraón adoptó al pequeño Moisés, (3) que le dé una educación semejante á la que daría únicamente á su propio hijo, que transforme su espíritu y purifique su corazón, he aquí lo que

(1) Cf. Ezech., XVI, 5 y sig.

(2) Ezech., XVI, 10 y sig.

(3) Exod., II, 10.

es una gracia, en el sentido más completo de la palabra. <sup>(1)</sup>

Así obra Dios con nosotros cuando nos adopta. Encontrar gracia en Dios, significa ser adoptados por Él como hijos. <sup>(2)</sup> Su único Hijo, que se nos hizo semejante en todo, <sup>(4)</sup> nos reconoce como hermanos suyos. <sup>(3)</sup> Desde luego, no es más que el primogénito de gran número de hermanos. <sup>(5)</sup> Lo que posee, nos pertenece también como cosa propia. Sin duda hay una diferencia que la gracia completa no puede hacer desaparecer, esto es, que Cristo tiene por nacimiento y naturaleza, lo que nosotros sólo poseemos por gracia. <sup>(6)</sup> Pero nada se ha reservado de lo que, en su gracia, no nos haya aplicado. <sup>(7)</sup> Nos ha engendrado por su propio espíritu, y ha hecho de nosotros hijos de Dios, <sup>(8)</sup> no sólo por el nombre, sino en realidad, hijos que, como su propio Hijo, pueden tener parte en su herencia. <sup>(9)</sup> Y como la criatura apenas se ha atrevido á creer en la verdad de esta afirmación, nuestro hermano, el Hijo único de Dios, nos ha dejado en prenda su Espíritu Santo, para que esté cerca de nosotros, hasta que Él mismo sea la herencia que nos ha prometido. <sup>(10)</sup> Ahora bien, este Espíritu no está ocioso en nosotros, sino que desempeña la función de maestro y de educador, y no suspende su actividad más que cuando ha transformado nuestras ideas y aspiraciones, <sup>(11)</sup> y cuando ha desarrollado en nosotros, de claridad en claridad, este espíritu real, que debe reflejar, con suma fidelidad, la imagen de nuestro Padre celestial y de nuestro divino Hermano. <sup>(12)</sup>

(1) Act. Ap., VII, 22.

(2) Rom., VIII, 15, 23; IX, 4. Eph., I, 5.

(3) Hebr., II, 17.

(4) Matth., XXV, 40; XXVIII, 10. Joan., XX, 17.

(5) Rom., VIII, 29.

(6) Nieremberg, *Aprecio de la gracia* (1890), I, 279 y sig., 299 y sig. Scheeben, *Herrlichkeiten der Gnade* (5), 142 y sig., 154 y sig.

(7) Rom., VIII, 32. I Cor., III, 22.

(8) Rom., VIII, 16.

(9) Rom., VIII, 17.

(10) Eph., I, 13, 14.

(11) Rom., XII, 2. II Cor., IV, 16. Eph., IV, 23.

(12) II Cor., III, 18. Ps., I, 14.

**7. El espíritu de los hijos de Dios.**—Esta doctrina de la gracia divina nos indica de nuevo cuán superior es, en el Cristianismo, el contenido interior á la forma externa. Las palabras con que la Sagrada Escritura nos muestra nuestro título de hijos de Dios, no podrían ser más sencillas; pero su sentido es tan profundo, que las largas consideraciones y la experiencia de la vida nos son necesarias para apropiárnoslo.

Si queremos un corto resumen de la profundidad de la sabiduría y de la elevación de la dignidad que debemos á la gracia de Dios, no tenemos más que compararlas con lo que de sí pensaban los mejores y más ilustres hombres que precedieron á Cristo.

Sólo con dolor podemos pensar en nuestros hermanos que languidecían entonces en las sombras de muerte del Paganismo. En realidad, deberíamos sentirnos penetrados de respeto para con ellos, si reflexionamos en los esfuerzos que hicieron para llegar á la verdad. ¡Cuán penosamente impresionados nos sentimos, al verlos esforzarse en salir de su miseria! Sería cometer una injusticia censurarlos por haber caído en el desaliento, después de haber hecho tantos vanos esfuerzos para salir del abismo en que estaban sumergidos. Porque, ¿en quién se hubieran apoyado? ¿En los hombres? Pero eran demasiado prudentes para comprender que el que confía en los hombres, se ve abandonado por éstos. ¿En ellos mismos? Lo intentaron, y así dijeron centenares de veces, ya por orgullo, ya porque su inteligencia no les ofrecía otra solución: «No podemos hacer más; ninguna divinidad vendrá en nuestra ayuda; por otra parte, esto no es necesario; nos bastamos para ayudarnos á nosotros mismos». <sup>(1)</sup> «El hombre prudente todo lo espera de sí mismo, así el bien como el mal». <sup>(2)</sup>

Pero ¿cuál era el punto de partida de los esfuerzos hechos para salvarse á sí mismos, sino la confesión de que el

(1) Horat., *Ep.* 1, 112. Cicero, *Nat. deorum*, 3, 36, 86, 87. Epictet., *D* 1, 1, 7, 23; 29, 12; 2, 23; 29, 19; 3, 3, 10; 26, 34.

(2) Epictet., *Man.*, 48, 1.

que confía en sus propias fuerzas, está perdido? El hombre es el propio enemigo de sí mismo, por no decir su único enemigo. <sup>(1)</sup> El principio de la sabiduría consiste en conocer su propia debilidad. <sup>(2)</sup> Principios son estos de cuya verdad nadie ciertamente duda. ¡Si tan sólo no hubiesen sido también para ellos el fin de su sabiduría! Dábanse cuenta, en raras ocasiones, es cierto, de que sólo una revelación divina podía elevarnos sobre nosotros mismos, <sup>(3)</sup> y que sólo la caridad puede ayudarnos; <sup>(4)</sup> pero ¿quién estaba allí para enseñarles la manera como Dios podía socorrerlos? ¿Quién podía enseñarles dónde encontrarían el amor, el amor que es capaz de ennoblecer al hombre, de elevarlo por encima de sí mismo, y de hacerlo verdaderamente feliz? Durante siglos, luchó el Paganismo por conquistar este bien, pero sus esfuerzos fueron recompensados por éxitos tan medianos, que San Pablo pudo decir de él que carecía de amor. <sup>(5)</sup> Un grito de angustia, en demanda de misericordia, y lanzado sin saber solamente hacia quien, <sup>(6)</sup> fué la última palabra que profirió por boca de Epicteto. A partir de aquel momento, cayó en el embrutecimiento y en la desesperación.

Vemos, pues, que entre cristianos y paganos hay una diferencia mayor que la que existe entre la luz del día y la de los fuegos fatuos. Lo que el Paganismo no podía presentir, aun después de llegar á su mayor desenvolvimiento, constituye el principio del Cristianismo. La última palabra de la filosofía antigua está muy lejos de poder igualarse con la primera del niño cristiano. En el bendito momento en que éste realiza su primera acción de importancia, cuando da ese paso gigantesco, que consiste en salir de las tinieblas para entrar en la luz de la conciencia, cuando balbucea, en medio de lágrimas y sonrisas, la pala-

(1) Epict., *Ibid.*, 48, 3.

(2) *Ibid.*, *Diss.*, 2, 11, 1; 17, 1. *Frag.*, 3.

(3) Plato, *Meno*, 42, p. 99, e (cf. *De virtute*, p. 379, b).

(4) *Ibid.*, en el *Banquet*.

(5) Rom., I, 31.

(6) Epictet., *Dissert.*, 1, 14, 11 y sig.; 2, 18, 29; Cf. 1, 12, 26; 13, 3; 14, 5

bra que lo constituye todo para él aquí bajo, el dulce nombre de madre, ésta, en el colmo del júbilo, coge sus manitas, las junta sobre el pecho en actitud de orar, y le enseña á santificar las primicias de su vida intelectual con las palabras que le dan, á un tiempo mismo, la inmensidad y la eternidad por patria, las palabras «Nuestro Padre».

Para el niño cristiano, estas palabras son la clave de un mundo nuevo que se abre ante él al mismo tiempo que el mundo de la inteligencia. Muy pronto se encontrará en aquél, mejor y más á sus anchas que en el que crece. Si el pensar en su madre es para él aquí bajo un escudo y un amparo en el peligro, si esta madre es el ángel protector que acaba siempre por corregirlo en sus extravíos, el recuerdo del Padre celestial ejerce un poder más victorioso todavía en esos momentos, los más peligrosos de todos, en que amenaza desaparecer del corazón la influencia maternal. Mientras el cristiano se cree hijo del Padre, no tiene necesidad de mandamiento alguno, ya que, como hijo de amor, y no como servidor, como mercenario, ya que, como hombre libre, como hijo, adivina los deseos de su Padre, aun antes que éste los exprese. Y aun cuando haya caído en la mayor de las desgracias, la de causar el deshonor de su Padre, nada impide que el recuerdo de este nombre bendito, que se le enseñó á dar á Dios desde su infancia, sea su salvación. Cuando los mercenarios nadan en la abundancia en la casa del Padre, <sup>(1)</sup> seguro está que él, el hijo de la familia, volverá á encontrar el corazón paternal cuando regrese de nuevo á su casa. Y cuando todo le haya abandonado en el mundo, preciso será que haya perdido el último sentimiento de piedad filial, si deja enseñorearse de él la idea de que, en el último momento, no ha de encontrar un refugio en el corazón de su Padre. Mientras el hijo sepa lo que el Padre es para él, sabrá también lo que él es, como hijo, para el Padre. Mientras no olvide que tiene un Padre, no debe desesperar, ni siquiera si llega á olvidar que debe ser su hijo.

(1) Luc., XV, 17.

**8. Estima del hombre en el mundo y en el Cristianismo.**—Considerando esta doctrina de la adopción divina, aprendemos igualmente á conocer la grandeza de la diferencia que existe entre el espíritu del mundo y el de la fe cristiana. ¿Cómo es posible que tan á menudo sea el hombre tan indiferente como lo es en lo concerniente á su existencia y destino? Esto nos parece casi siempre incomprendible, pero está más que conforme con las miras del Humanismo. ¿Qué valor puede tener el hombre si lo medimos con la medida más insignificante que existe?

En otros tiempos, en la antigüedad clásica y mucho después también, en los tiempos en que los germanos sólo encontraban placer en la lucha, únicamente tenía cierto valor el que vencía á todos sus rivales con la agilidad de sus pies, la fuerza de su brazo y la seguridad de su golpe de vista. Todavía hoy, después de dos mil años, las odas de Píndaro nos refieren la gloria y las coronas triunfales que Grecia, ebria de júbilo, repartía con profusión para premiar al corredor más veloz, al atleta más salvaje, al danzador más hábil. Sin duda era esta una manera muy poco digna de apreciar el valor del hombre. Según esto, no le costaría mucho al hombre ceder la preeminencia al corcel ó al viento.

Desgraciadamente, no es esta la más baja estimación. Hoy—casi nos avergozamos de llamar la atención sobre este retroceso—ya no se juzga al hombre según su fuerza ó, como en aquellos tiempos, de conformidad con el vigor de sus brazos y puños. Antes se le medía, hoy se le pesa y se calcula lo que vale. Allí en donde otras veces se informaban de la fuerza del hombre para evaluarlo, es hoy cuestión de dinero y de capacidad para obtener beneficios. ¿Cuánto pesa? ¿Qué renta tiene? ¿Qué puede esperar uno de él? Según la respuesta á estas preguntas, queda fijado su valor, sin juicio, sin apelación, sin piedad.

Fácil es, pues, explicarse que el honor, la virtud, la inocencia y la vida del hombre se hayan convertido en cosas indiferentes. ¿Quién es el que aún considera hoy como pe-

cado mortal mancillar la reputación del prójimo? ¿Acaso no ocurre hoy que un atentado contra la propiedad es castigado por toda ley nueva con un rigor proporcionalmente más duro que el crimen más odioso contra la salud y las costumbres? Casi puede decirse que, de todo lo que conocemos, lo más barato es la vida del hombre. El hombre es explotado sin piedad y rechazado no menos despiadadamente. Por interés se economizaban los esclavos que era preciso pagar caros; pero á los trabajadores libres se les saca el jugo y se les despide en seguida muy lacónicamente. ¿Cuántos sirvientes hay á quienes es preciso perdonar la envidia que sienten por el gato de Angora ó el perrito de lanas de su dueña! Cuando las columnas de ataque avanzan sobre el campo de batalla y pasan al lado de un caballo que yace en una zanja, todos los ojos se vuelven hacia el pobre animal; pero en cuanto á los camaradas que, tendidos en tierra, están en el estertor de la agonía, son pisoteados sin dirigirles siquiera una mirada. Esto es completamente natural; el caballo cuesta dinero; el hombre no cuesta nada.

¿Cómo han cambiado las cosas! Antes se decía: «No hagáis al dinero y á los bienes el honor de reinar sobre ellos». <sup>(1)</sup> Hoy, sería preciso escribir largos comentarios sólo para hacer comprender á los hombres esta frase.

Se provocaría una sonrisa, si uno dijese de alguien que reina sobre un millón. Ya no podemos servirnos de esta expresión; de tal modo se nos hace extraño esto. Sin embargo, el dinero es en el mundo la única potencia ante la cual se doblegan los hombres, y preciso es ver hasta dónde se encorvan ante ella, para comprender su bajeza. Hoy más que nunca tiene aplicación la frase: «El dinero domina al mundo». Mammon es el diós del mundo. ¿En dónde queréis, pues, que los hombres aprendan á respetarse? Pero entonces, ¿por qué querer mal á las masas, si cuando todo se ha convertido en indiferente para ellas, se convierten en enemigas de la humanidad?

(1) *Heliland*, 1853 y sig.

¿Quién las ha conducido á este extremo? ¿No han sido obligadas á convertirse en lo que actualmente son, ellas, á las que siempre se ha hecho sentir que no se da nada á aquel que, por su parte, no da algo y aun mucho? ¿Por qué habrán de practicar ellas aún la virtud, la obediencia, y tener imperio sobre sí mismas, si cada día se les da á entender, si no con palabras, por lo menos con actos, que un legajo de papel basta para dorar todos los vicios, para reemplazar la inteligencia y la instrucción, el amor al trabajo y la virtud? ¿Cómo es posible censurarlas, si abandonan una sociedad que ha comenzado por abandonarlas, y esto, por lo que hay de más bajo en la tierra, por un trozo de cobre, por una hoja de papel?

Ponemos por testigo al mundo, con todo su amor al dinero, para que diga si no tenemos razón al afirmar que está perdido, si el catecismo no se convierte en escudo suyo contra el puñal y la dinamita de hombres furiosos, perdidos y aplastados por el peso de una falsa opinión relativa al valor del hombre, opinión que él mismo ha creado.

Aquí, como siempre y en todas partes, no hay salvación para él, sino en la realización de su ideal. El día en que el Humanismo solemnice su completa victoria— ¡Dios nos preserve de ello!—se habrá dado buena cuenta de la humanidad. Pero mientras la fe en el verdadero y único ideal de la humanidad, en la gracia, no desaparezca por completo de los corazones, esta misma humanidad y el sentimiento de su honor y de su dignidad, tendrán siempre en el mundo un refugio seguro. Porque la gracia es la que enseña al hombre á conocer su verdadero valor, su debilidad, su fuerza, los peligros á los cuales está expuesto, su seguridad. La fe en la gracia es la única fuente en la que, tras tantas ilusiones amargas, podemos beber de nuevo amor y respeto para el hombre, miramientos, paciencia, y esperanza de ser mejores.

¿Cómo explicar sin esto que, precisamente en los santos y en todos los que tienen en sí mismos algo del espíritu de Dios, encuentre uno una paciencia inalterable para con

los débiles, un amor indestructible para con los malvados, una industria inagotable para mejorar á los incorregibles? Con frecuencia el mundo se mofa y se escandaliza de esto, pues cree que podríamos reservar nuestros trabajos para algo más útil, y de aquí que califique esto de estupidez, de ignorancia de los hombres, y de debilidad de carácter. Pero no, no es esto. ¿Quién tiene, con más frecuencia que nosotros, ocasión de lanzar una mirada á la profundidad de la corrupción humana? ¿Quién siente más amargamente que nosotros, que tantos esfuerzos bien intencionados, tantos comienzos que prometían mucho, hayan tenido un resultado tan desdichado? Pero hay una cosa que siempre nos anima, nos fortifica y nos indemniza de todos nuestros afanes; tal es la fe en la gracia y en el valor que la gracia presta al hombre. ¿Qué vale, pues, el hombre? No vale lo que hace por sí mismo, pues es sumamente pequeño. Tampoco vale lo que, en su orgullo, se imagina que vale, pues es demasiado vasto y, por consiguiente, demasiado vacío é indeterminado. Pero vale lo que Dios piensa que vale, ni más ni menos. Ahora bien, ¿cómo lo juzga Dios? Exactamente según la medida de lo que su Dios ha hecho por él. En esto consiste el valor del hombre.

¿Por qué el Buen Pastor deja las noventa y nueve ovejas que no le han abandonado, y sólo parece que tiene corazón y atenciones para la que ha perdido? ¿No consideramos con frecuencia como una especie de injusticia que muestre el mayor amor con los más indóciles? La vida de muchos pecadores ¿no es la prueba más notable de que basta amargar el corazón paternal de Dios para estar seguro de su particular gracia? ¿Por qué parece que Dios priva de lo que se le debe á sus hijos fieles y reserva toda su ternura para los hijos pródigos? ¿Por qué? Preguntad á la madre porqué ama más que á los otros hijos á aquél que mayores sufrimientos le cuesta. Con una perla compra una la mitad de un reino. ¿Cuánto valor concederéis, pues, á las lágrimas que la madre ha derramado por este hijo? Es que este hijo, al que van unidos dolores, sacrificios, privacio-